

REFLEXIÓN HERMENÉUTICA SOBRE EL DEPORTE

A HERMENEUTIC REFLECTION ON SPORTS

Jhonny Jesús Castillo Mendoza

RESUMEN

El deporte implica y connota toda una filosofía. Visto así sería imposible abordarlo y estudiarlo de la manera simplista o reduccionista como casi siempre se ha hecho. Es necesario, por ende, una lectura multidisciplinaria y dialógica del deporte que intente religar todas las ramificaciones de una telaraña merecedora de una mirada más acuciosa y menos desprejuiciada. Con este trabajo se pretende elaborar una hermenéutica del deporte que intente explicar, más que demostrar, cómo esta actividad trasciende la mera recreación y el espectáculo y toca vertientes que tienen que ver con otras áreas del conocimiento como la literatura, la antropología, la sociología y la estética; en otras palabras, con los ámbitos complejos de la ideología y la cultura.

Palabras clave: Deporte, Hermenéutica, Semiótica, Cultura.

ABSTRACT

The sport entails and connotes a whole philosophy. Seen in this way, it would be impossible to approach its study from a simplistic or reductionist way, as it has almost always been done. It is necessary, therefore, a multidisciplinary and dialogic reading of the sport to try to rebind all the ramifications of a web worthy of a more exhaustive and less unprejudiced glance. This paper seeks to develop a hermeneutics of the sport that tries to explain, rather than to demonstrate, how this activity goes beyond mere entertainment and recreation and deals with aspects that are related to other areas of knowledge such as literature, anthropology, sociology and aesthetics; in other words, with complex areas of ideology and culture.

Keywords: Sport, Hermeneutics, Semiotics, Culture.

Jhonny Jesús Castillo Mendoza. Licenciado en Comunicación Social (UCV), Especialista en Comunicación Estratégica (Unisinós, Brasil), Magister en Literatura Venezolana (UC) y aspirante a Doctor en Ciencias Sociales, mención Estudios Culturales (UC). Es articulista de periódicos y revistas nacionales e internacionales, especialmente en temas deportivos. Correo electrónico: jhocas10@hotmail.com

Artículo recibido en diciembre de 2010 y aceptado en febrero de 2011.

“El fútbol es una de las supersticiones religiosas más extendidas de nuestro tiempo. Podríamos decir ahora que es el verdadero opio de los pueblos. Por mi parte yo estoy muy contento porque cada vez que juega la selección italiana, me voy a dar unos paseos magníficos por las calles desiertas de Boloña”.

Umberto Eco.

“El fútbol me atrajo hasta con cierta clase de delirio. Porque basta con ver un buen partido para apreciar la belleza de este deporte. Hay momentos del fútbol que se asemejan a pasos del ballet, por la armonía de los movimientos, por la sensibilidad y por el ritmo”.

Ernesto Sábato.

“Lo poco que aprendí sobre la moral y buenas costumbre se lo debo al fútbol”.

Albert Camus.

Pocas actividades humanas han tenido tanta importancia y trascendencia en la historia de la cultura Occidental como el deporte. Bastaría con leer obras emblemáticas como la *Ilíada* y la *Odisea* para entender la significación que siempre tuvo el deporte para los griegos. En las narraciones de Homero, se puede apreciar claramente y con suficiente profundidad el sentido lúdico y recreativo de una civilización en la que el culto al cuerpo y la belleza física alcanzaron rasgos prominentes que en parte modelan y definen toda una filosofía de vida y una visión del mundo.

En tal sentido, afirma Huizinga (1972) que la cultura no se inició como juego ni se origina del juego, sino que es, más bien, juego. Expresa que el fundamento antitético y agonal de la cultura se nos ofrece ya en juego, que es más viejo que toda cultura. También señala que la competición lúdica, como impulso social, es más vieja que la cultura misma, llenaba toda la vida y actuó de levadura de las formas de la cultura arcaica. Dice que la poesía nace jugando y obtiene su mejor alimento, todavía, de las formas lúdicas y que la música y la danza fueron puros juegos; así como también la sabiduría encuentra su expresión verbal en competiciones sagradas:

Las reglas de la lucha con armas, las convenciones de la vida aristocrática se levantan sobre formas lúdicas. La conclusión debe ser que la cultura, en sus fases primordiales, “se juega”.

No surge del juego, como un fruto vivo se desprende del seno materno, sino que se desarrolla en el juego y como juego (p. 203).

Al principio, citamos la *Ilíada* y la *Odisea* porque son dos obras de una importancia capital que hay que leer si quisiéramos intentar conocer el origen y el desarrollo de la cultura occidental. Pero, pudiéramos referirnos también a las *Odas Olímpicas* de Píndaro de Tebas [518-438 a.C.], un sucesor de Homero y Hesíodo, considerado el mayor poeta lírico de todos los tiempos y el gran cantor de los atletas. En las manos de Píndaro, una victoria atlética tan sólo es un pretexto o una metáfora que representa todas las imágenes y bemoles de esa cosa tan compleja y alucinante que es la existencia humana.

El hecho de que en la *Ilíada* y la *Odisea* aparezca el deporte como un aspecto relevante, refleja por sí solo la importancia del argumento que nos permite ir haciendo una lectura transdisciplinaria y hermenéutica del deporte y sus implicaciones en la cultura. No estamos hablando de dos obras cualesquiera, estamos en presencia de un par de textos que encierran y contienen la riqueza mítica y cosmogónica de toda una civilización, allende ser éstas las obras que inauguran la tradición literaria en Occidente.

En tal sentido, señala Johan Huizinga (1972) que en el mito también encontramos una figuración de la existencia, sólo que más trabajada que en la palabra aislada. Explica que mediante el mito el hombre primitivo trata de explicar lo terreno y, mediante él, funde las cosas en lo divino. En cada una de esas caprichosas fantasías con que el mito reviste la existencia juega un espíritu inventivo al borde de la broma. Agrega además este autor que

...en el mito y en el culto es donde tienen su origen las grandes fuerzas impulsivas de la vida cultural: derecho y orden, tráfico, ganancia, artesanía, arte, poesía, erudición y ciencia. Todo esto hunde así sus raíces en el terreno de la actividad lúdica (p. 16).

En esa misma línea, el filósofo venezolano Juan Nuño (1990), en su extraordinario ensayo *Teoría de los Juegos* del libro *La Veneración de las Astucias*, argumenta que:

Los juegos propiamente dichos son más complejos y requieren satisfacer la condición de ser una representación, una imitación

de algo. Piénsese en el ajedrez que imita el mundo de la guerra, y en que cada pieza representa una referencia militar directa. Cada tipo de juego colectivo puede traducirse a un lenguaje social más complejo. En el fútbol se habla de retaguardia, atacantes y defensas; en el béisbol los jugadores se dedican a robar o a comprar, además de crear un lenguaje gestual que el contrario trata de descifrar; así como en el fútbol existe un reducto sagrado que se defiende a ultranza para que no resulte violado por la penetración del adversario, en el béisbol se arranca de un hogar o casa, a la que hay que regresar (Ulises), tras una carrera por el mundo exterior, recorriendo etapas obligadas, como quien recorre países extraños o sorteando dificultades sin cuento. En general los juegos que requieren una participación colectiva son los más próximos a la definición de recepción de otra realidad, por más que ellos se haga siempre por recursos miméticos (p. 106).

No podemos apartar el aspecto lúdico, festivo y ritual de la sociedad griega. De allí que no es de extrañar, por ejemplo, que los primeros juegos que se conocen en la historia de Grecia sean los Juegos Funerales que fueron organizados por Aquiles para honrar la memoria de su amigo Patroclo muerto a manos del troyano Héctor:

Aquiles detuvo al pueblo y le hizo sentar, formando un gran circo, y al momento sacó de las naves, para premio de los que vencieron en los juegos caldera, trípodes, caballos mulos, bueyes de robusta cabeza, mujeres de hermosa cintura, y luciente hierro (...) Empezó exponiendo los premios destinados a los veloces aurigas; el que primero llegara se llevaría una mujer diestra en primorosas labores y un trípode con asa de veintidós medidas; para el segundo ofreció una yegua de seis años, indómita que llevaba en su vientre un feto de mulo, para el tercero una hermosa caldera no puesta al fuego y luciente aún cuya capacidad era de cuatro medidas, para el cuarto dos talentos de oro, y para el quinto un vaso con dos asas no puesto al fuego todavía (Homero, 1999: 477-478).

Podríamos decir que el deporte es uno de los elementos más esenciales y determinantes que nutren, enriquecen, elevan y subliman la historia cultural de Occidente. De no ser así, cómo se explica que haya tenido tanta

influencia no solo en la literatura, sino también en el arte, la política, la economía, la religión y la vida cotidiana de una cultura que encontró en la actividad física un espejo donde contemplar la armonía, la perfección, el equilibrio, la belleza del cuerpo, el valor y el orgullo; pero también un espacio metafísico y existencial para encontrarse consigo mismo en la profundidad de la mente y el reposo necesario del alma:

-Toma anciano, sea tuyo este presente como recuerdo de los funerales de Patroclo, a quien no volverás a ver entre los argivos. Te doy el premio porque no podrás ser parte ni en el pugilato, ni en la lucha, ni en el certamen de los dardos, ni en la carrera; que ya te abruma la vejez penosa. Así diciendo se lo puso en las manos. Néstor recibiólo con alegría y respondió con estas aladas palabras:

-Sí, hijo, oportuno es cuanto acabas de decir. Ya mis miembros no tienen el vigor de antes; ni mis pies, ni mis brazos, se mueven ágiles, a partir de los hombros. Ojalá fuese tan joven y mis fuerzas tan robustas como cuando los egeos enterraron en Buprasio al poderoso Amarínceo y los hijos de éste sacaron premios para los juegos que deberían celebrarse en honor al rey (ob. cit.: 488-489).

Indudablemente que el deporte implica y connota toda una filosofía. No pudiéramos analizarlo, abordarlo y estudiarlo de manera simplista, pragmática y reduccionista como casi siempre se hace. Esto implicaría un acto de ignorancia supina y de irresponsabilidad intelectual. De él es necesario hacer una lectura compleja amplia, multidisciplinaria, abarcante, abierta y dialógica que intente escindir y religar todas las vertientes y ramificaciones de una especie de telaraña que requiere de una mirada más acuciosa, menos desprejuiciada y quizás más inteligente. También desde una perspectiva y una reflexión histórica y dialéctica que nos permita pensar, vincular en muchas direcciones el contexto y las circunstancias del fenómeno.

Visto así el problema, lo que pretendemos es hacer una hermenéutica, lograr una comprensión del deporte que intente explicar, más que demostrar, cómo la actividad deportiva trasciende la mera recreación y el espectáculo y toca vertientes que tienen que ver directamente con otras áreas del conocimiento como lo literario, lo antropológico, lo sociológico, lo estético, lo ideológico y lo cultural. La idea es analizar el juego desde

una perspectiva que permita hurgar en las relaciones posibles entre éste, el ser humano, la sociedad y la cultura.

Uno de esos aspectos importantes es el arte como manifestación estética y su relación directa con el aspecto lúdico. También conviene reflexionar acerca del juego como un elemento festivo, ritual mítico, y religioso. Se trata un poco de hacer un esfuerzo interpretativo a la manera como lo formula Huizinga (1972), no es decir que el juego ocupa un lugar importante en las diferentes ocupaciones de la vida cultural, sino que la cultura surge en forma de juego.

No nos cabe la más mínima duda de que el deporte es uno de los fenómenos culturales más significativos de la historia de la humanidad, tan importante como la invención de la pólvora, la escritura, la rueda o la imprenta. Indagar en la génesis de los juegos implicaría acercarnos por antonomasia a la historia del hombre en el plantea. El deporte es tan antiguo como la humanidad misma; éste como la pintura rupestre, también comprende un acto de comunicación. Cuando nos referimos al deporte como metáfora o como significación nos referimos a él también como recreación de otra realidad a través de la mimesis, la representación simbólica y la invención. Por eso insistimos que debemos reflexionarlo como una manifestación humana, como una forma de expresión cultural. Tan trascendente sería reflexionar acerca del deporte como hacerlo en torno al suicidio que, según Camus, era el problema filosófico mayor del hombre.

Aquí recurrimos nuevamente a la portentosa lucidez de Juan Nuño, quien realiza un excelente análisis del carácter filosófico y epistemológico del deporte:

La noción de juego es más metafísica que real, ha servido para tratar de explicar muchas cosas: el origen del Estado como pretendió Ortega, las formas artísticas como analizó Caillois, o incluso toda la actividad social del hombre como pretendió Huizinga. Pero defínase como se quiera, el hecho es que, en la práctica, todo juego se reduce a competencia, es decir, a lucha, esto es, a esa forma tan esencial que es la agresividad humana. Por eso sigue siendo tan popular el boxeo. Primero porque de "juego" tiene muy poco, salvo un mínimo de reglas que lo limitan, a un espacio, un tiempo y unas zonas de castigo; pero, sobre todo,

porque en lugar de “jugar” esto es, de recrear otro mundo al margen del real, los “jugadores” de boxeo, reducidos al mínimo (uno por lado), lo que hacen es sólo pelear: reproducen la más elemental y primarias de las conductas humanas. En vez de juego, el boxeo es una expresión social directa, forma fundamental de vida: tratar de matar al otro (ob. cit.: 106).

El deporte se mezcla y participa activamente en todos los intercambios que se dan en la sociedad actual. Con la modernidad y más adelante con el desarrollo de la radio, la prensa, la televisión y otros medios informáticos y tecnológicos, el deporte ha pasado de ser una actividad lúdica y recreativa a ser un gran espectáculo de masas con una enorme influencia en otras esferas de la dinámica social como la política, el turismo y la economía. Éste, además, ha sido utilizado en el ámbito de la industria cultural como un instrumento idóneo para la persuasión, la ideologización y como un inmejorable canal para fortalecer la economía neoliberal y la globalización por intermedio de la publicidad, la propaganda y otros instrumentos que se generan a partir de su mercantilización.

Resalta el escritor mexicano Juan Villoro, en su libro *Dios es Redondo*, que el arte de patear puede caer en la esfera de los placeres inofensivos o desembocar en el fanatismo del *hooligan*, la prepotencia del directivo o la mentira prefabricada de la televisión. Agrega, refiriéndose al fútbol, que el juego de las patadas no es ajeno a la violencia, el racismo o la comercialización: “La aporía del aficionado es la de una pasión pura, incontaminada, refractaria al efecto de la cerveza, las burlas de los enemigos y la manipulación de los medios” (2006: 23).

Pero no sólo eso, el deporte también ha servido para fortalecer la identidad de las nuevas tribus en el campo de los nacionalismos, el racismo y la violencia callejera. Entonces, ¿cómo pensar que una actividad con el alcance y las repercusiones sociales que tiene el deporte se puede estudiar de forma aislada, en un rectángulo del conocimiento? Una amplia comprensión del hecho deportivo no podría ser posible sino a través de una mirada y un análisis transdisciplinario y hermenéutico. Al respecto, señala Nuño que:

...todo juego en cuanto a recreación del universo aparte es una falsedad porque lo que reproduce no queda aparte, sino que se

tiñe y mezcla con todas las pasiones e intereses que proceden del mundo exterior y cotidiano, de que precisamente el juego, en tanto juego pretendía evadir con su festiva y autónoma representación (ob. cit.: 106).

También el semiólogo Umberto Eco (1986) entra en la discusión y plantea dos premisas: “el Deporte es el Hombre”, “el Deporte es la Sociedad” (p. 33). Aquí las mayúsculas quizás señalan la importancia canónica de la afirmación y establecen el alcance de su historicidad. En sí misma, es quizás el edicto cultural por antonomasia de la civilización occidental que Eco interpreta como “el principio de estar más allá de toda duda”. Eco sitúa el origen de esta conexión mental implícita entre el deporte, la humanidad y la sociedad en algo que denomina “la zona profunda de la sensibilidad colectiva”. La lógica de las asociaciones que cohesionan y legitiman la veracidad de estas palabras y los conceptos que transmiten hunden sus raíces en la especificidad histórica de la memoria cultural, que constituye la “argamasa esencial” de la esfera social en Occidente. Romper los lazos que unen deporte, humanidad y sociedad, así como las prácticas asociadas a éstos, supondría poner en crisis asociativo posibles derivados de ellos y revelar lo que hay de no humano en la relación social.

Diríamos, entonces, que aquí reside la esperanza secreta de Eco: en romper la lógica de la cadena sintagmática, esas relaciones e interacciones semánticas que unen conceptualmente deporte, humanidad y sociedad, ya que dicha lógica es articulada por y mediante el fanatismo que rodea el fútbol. Eso por no mencionar la parafernalia (bufandas, colores, banderas, insignias, etcétera) y las prácticas rituales que rigen el mundo de la afición futbolística y fortalecen los lazos que unen y separan a los seres humanos entre sí, en nombre de la fidelidad a un equipo, por el bien de la propia sociedad. Eco se ve en la obligación de desenmascarar al fútbol, revelándolo como lo que es: un juego nada más que un juego y no un modo de vida. De lo contrario, la sociedad seguiría sufriendo en manos de quienes manipulan la representación del juego y lo utilizan como forma de control social.

Nuestro autor tiene la gran virtud de llevar los estudios semiológicos hacia las cosas cotidianas. Por eso, se ha convertido en un estudioso de la cultura popular. A diferencia de los llamados intelectuales serios, quienes le huyen a la reflexión sobre las cosas del día a día, el autor de *El nombre de la Rosa* empezó a trabajar sobre los estudios culturales cuando éstos ni

siquiera eran concebidos como una disciplina. Él ha puesto la semiótica y las indagaciones comunicacionales al servicio de temas habituales –como el fútbol– de la dinámica social contemporánea.

Indudablemente que Eco lee el fútbol como una neurosis de la cultura, como la manifestación de una grave perversión de la psique humana para la que no existe explicación razonable ni cura eficaz. Para quienes caen en sus enfermizos efectos, no hay tratamiento definitivo, terapia indolora, ni intervención médica que valga. Sólo hay el sufrimiento infinito de contemplar la exquisita *agon* del juego que se disputa en el campo de fútbol cada domingo de campeonato. Tal es la dicha y la maldición del amante del fútbol. Lo irónico del caso es que el castigo es autoinfligido. ¿O no? La teoría de que el fútbol es una psicopatología del deseo reprimido es una de las preferidas de Eco:

Los espectadores –es decir, la mayoría– que se comportan exactamente como cuadrillas de maniacos sexuales que fueron, no una vez en la vida, sino todos los domingos, a Amsterdam para ver como una pareja hace, o finge, hacer el amor (o como aquellos niños paupérrimos de mi infancia a quienes se prometía llevarles a ver cómo los ricos tomaban helados) (2004: 190).

Son muchas las aristas de análisis que tiene el deporte desde lo semiológico, pasando por la industria cultural y muchas otras áreas del conocimiento. E incluso, la estética también ocupa un espacio importante en el juego. El fútbol, por ejemplo, es una de las disciplinas que más se asemejan al arte por el ritmo, la plasticidad de los movimientos, la búsqueda de la perfección, la armonía, la originalidad y toda una serie de características esenciales que hacen que este deporte sea considerado también como una gran expresión artística. No en vano, el fútbol ha sido comparado en infinidad de ocasiones con el teatro, la danza, el ballet, la tragedia griega y otras manifestaciones estéticas.

Hans-Georg Gadamer (2001) toma el concepto de juego para tratar de dar una explicación del arte. El concepto de juego se hace necesario para determinar el acceso a la experiencia del arte, la razón: la conciencia estética se muestra insuficiente y queda en mora con la amplitud de tal experiencia. Los obstáculos que la idea de conciencia estética acarrea para la comprensión del fenómeno artístico llevan a Gadamer a apropiarse del concepto de juego, para darle un carácter festivo al fenómeno del

arte más allá de la mera representación. Lo que intenta es superar la dualidad sujeto-objeto de la modernidad para darle importancia a la temporalidad y la historicidad. Mas, no nos detendremos en esto, pues, por ahora sólo haremos el inciso para recalcar la importancia que tiene el juego desde la perspectiva hermenéutica, incluso para explicar otros fenómenos como la experiencia estética.

Quizás así lo entendió Pelé, seguramente sin haber leído a Gadamer, cuando a propósito de una comparación de él con Maradona respondió a los periodistas que lo interrogaban que así como hubo un solo Picasso y un único Leonardo da Vinci, hubo un solo Pelé. No es extraño que en muchos estadios del mundo no solamente se celebren los goles sino también las grandes jugadas individuales y colectivas, las cuales en ocasiones provocan gritos y delirios en los fanáticos, quienes corean el ole como en la fiesta taurina. Eso demuestra que quienes van al estadio no sólo quieren ver los goles sino algo más allá: virtuosismo, arte, espectáculo, es decir, el juego por el juego mismo.

No estaba errado Eric Hobsbawm al decir, a propósito del Mundial México 1970, que quien vio jugar a la selección brasilera no podía negar al fútbol su condición de arte. A propósito también dijo alguna vez el novelista checo Milán Kundera, que tal vez los jugadores tengan la hermosura y la tragedia de las mariposas, que vuelan tan alto y tan bello, pero que jamás pueden apreciar y admirarse en la belleza de su vuelo.

Bastaría leer el maravilloso libro del escritor uruguayo Eduardo Galeano: *El fútbol a sol y sombra* (1995), para entender toda la belleza y la estética del fútbol. Sus crónicas y relatos expresan, por sí solos, la riqueza artística de un deporte que ha sido metáfora recurrente en la obra de grandes escritores. Leamos de esa obra un pequeño texto titulado *Camus*:

En 1930, Albert Camus era el San Pedro que custodiaba la puerta del equipo de fútbol de la Universidad de Argel. Se había acostumbrado a jugar de guardameta desde niño, porque ese era el puesto donde menos se gastaban los zapatos. Hijo de casa pobre, Camus no podía darse el lujo de correr por las canchas: cada noche, la abuela le revisaba las suelas y le pegaba una paliza si las encontraba gastadas. Durante sus años de arquero, Camus aprendió muchas cosas:

-Aprendí que la pelota nunca viene hacia uno por donde uno espera que venga. Eso me ayudó mucho en la vida, sobre todo en las grandes ciudades, donde la gente no suele ser lo que se dice derecha. También aprendió a ganar sin sentirse Dios y a perder sin sentirse basura, sabidurías difíciles y aprendió algunos misterios del alma humana, en cuyos laberintos supo meterse después, en peligroso viaje a lo largo de sus libros (ob. cit.: p. 56).

Lo que queremos es hurgar en las profundidades del deporte y especialmente en el más universal de todos que es el fútbol, con el propósito de hacer un aporte que permita que este fenómeno sea visto más allá del mero sentido lúdico; porque como señala Franklin Foer (2006), el fútbol es más que un juego, más que una pasión: es una ventana abierta a un mundo global en el que los nobles deseos de victoria de los deportistas y los aficionados convergen a lo largo del planeta con los ocultos intereses económicos de la televisión, los oligarcas locales, la política o la religión.

REFERENCIAS

- Eco H (1986). *El Mundial y sus pompas*. Barcelona: Editorial Lumen
- Foer, F. (2006). *El mundo es un balón*. Caracas: Randon House Mondadori.
- Galeano, E. (1995). *El fútbol a sol y sombra*. Madrid: Siglo XXI.
- Gadamer, H. G. (2001). *Verdad y Método I*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Homero (1999). *La Ilíada*. Bogotá: Editorial Panamericana.
- Huizinga, J. (1972). *Homo ludens*. Madrid: Alianza Editorial.
- Nuño, J. (1990). *La veneración de las astucias*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Trifonas, P. (2004). *Umberto Eco y el fútbol*. Barcelona: Gedisa.
- Villoro, J. (2006). *Dios es redondo*. México: Editorial Planeta.